

*Fernando*

plaza pública para la edición del 2 de abril de 1993

% Fernando Ortiz Arana

% Un liderazgo concertador

miguel ángel granados chapa

Ni el propio Fernando Ortiz Arana sabía, al viajar a Aguascalientes el domingo 28 de marzo, que lo elegirían presidente del PRI en la asamblea que esa noche comenzó con señales de consolidación en torno de Genaro Borrego. Claro que en el presidium del acto inaugural se le expuso convenientemente, al ocupar el lugar de honor con Borrego y el anfitrión del evento, el gobernador Otto Granados Roldán. Pero a la mañana siguiente, mas allá de toda discreción (porque puede ser en efecto discreto) no estaba cierto, al menos, de cuándo relevaría al ahora director del IMSS. Todavía no es claro que permanezca en su nuevo cargo durante la campaña presidencial, y tampoco es claro que obtenga el triunfo en las elecciones constitucionales el candidato priista. Pero si esas dos eventualidades se cubren, Ortiz Arana olvidará su vieja aspiración de gobernar a Querétaro, pues preferirá ser miembro del gabinete. Pero eso es demasiado futurismo.

Por ahora, Ortiz Arana parece llamado a aplicar en el partido gubernamental las acciones concertadoras que le han dado un talante peculiar en su partido, en los últimos años. Hasta 1988, Ortiz Arana no parecía poseer ningún don singular, si bien ya había sido dos veces diputado, y secretario general de gobierno en su natal Querétaro, amén de líder priista en el Distrito Federal. Oscilante entre esas dos entidades, no caminaba hacia la gubernatura, ni se afianzaba en cargos locales en la capital de

Fernando.

la República. Fue escogido, sin embargo, como candidato a la Asamblea de Representantes del DF, un órgano que por primera vez se integraba hace cuatro años y medio.

Como todo el proceso electoral, los resultados capitalinos tomaron desprevenido al partido gubernamental. La Asamblea se integró con una gran carga opositora, menos pesada a causa del sistema electoral, que dio al PRI una precaria mayoría en asientos del nuevo órgano, aunque no la tuviera entre el electorado. Ortiz Arana, encargado por el influyente Manuel Camacho de coordinar a los asambleístas del PRI, se hizo cargo de la situación, y puso en práctica una política obligada, pero a la que otro político menos sensible se hubiera mostrado renuente. La autoridad, si bien no el poder, en la Asamblea fue distribuida convenientemente entre las varias fracciones allí representadas. Y se vio el insólito espectáculo de miembros de partidos de la oposición no sólo encabezando comisiones (y algunas, como la de Seguridad, cuyo desempeño rendía dividendos políticos) sino también dirigiendo sesiones del nuevo órgano. Limitado en sus funciones, ese foro fue convertido en <sup>siño de expresión</sup> ~~lugar de encuentro~~ de inconformidades, y quejas <sup>y propuestas</sup> de buena parte de la población, que halló en la Asamblea y sus primeros integrantes, <sup>en el peor de los</sup> ~~por lo menos un~~ <sup>casos, un conducto para</sup> ~~sitio para la expresión~~ y el desfogue de tensiones.

En ese lugar, y con esa conducta, se incubó el ascenso de Ortiz Arana al liderazgo de la Cámara de Diputados. Antes se interesó de nuevo en la gubernatura queretana, pero <sup>su</sup> ~~se le~~ destinó <sup>en</sup> a una tarea federal, la de introducir un clima de concertación en la legislatura que reemplazó en noviembre de 1991 a la muy <sup>aletrada</sup> ~~conflictiva~~ Cámara de Diputados surgida <sup>en</sup> de julio de 1988.



El cometido asignado a Ortiz Arana fue cumplido con general asentimiento. Los líderes de las fracciones parlamentarias no han regateado reconocimiento al modo en que Ortiz Arana coordinó las funciones legislativas, si bien miembros de su propia mayoría se dueñen de la excesiva preferencia expresada por el ahora jefe nacional priista a una pequeña cohorte en que casi nadie tenía las cualidades de, por ejemplo, José Antonio González Fernández. Sólo un desliz grave puede hallarse en el desempeño personal de Ortiz Arana. Consistió en negar, abierta y contundentemente, la presencia del Presidente Salinas en la célebre cena de carnaval. Rendido ante la evidencia, debió ir de nuevo a la tribuna una semana después a reconocer que estaba mal informado. Paradojicamente, ese sacrificio personal suyo, <sup>en el</sup> que implicó desprestigio para su carrera, habrá confirmado ~~al~~ Presidente Salinas su inclinación a convertirlo en sustituto de Borrego.

plaza pública/4

Como presidente del PRI, Ortiz Arana dispondrá de mayores márgenes de acción que su inmediato antecesor, a pesar de no haber alcanzado la gubernatura que fue su aspiración mayor. No sólo llega dotado con mayor experiencia, sino que es cabeza de un grupo al que la fortuna ha sido favorable en los meses recientes. Sus colaboradores más próximos en la Asamblea de Representantes ostentan responsabilidades y cercanías notorias. César Augusto Santiago es subsecretario de Gobernación, y antes fue el lugarteniente de Ortiz Arana en la cámara. Por él, el ahora líder del PRI se expuso a una contienda con Genaro Borrego, que echó de su lado al ex legislador chiapaneco, que recibió de inmediato cobijo y calor del queretano. Otro Santiago, pero ese de nombre y no de apellido, Oñate, es el Procurador de la defensa ambiental, y constituye un enlace directo entre el dirigente del PRI y el muy viajero secretario de Desarrollo Social.

Cuando actuó como secretario general de gobierno en Querétaro, con el gobernador Antonio Calzada, a Ortiz Arana se le conocieron rasgos de ferocidad política que el tiempo y su sensibilidad le han hecho perder, para su bien, y el de su entorno, y el de su futuro.



■ Fernando Ortiz Arana

■ Un liderazgo concertador

VIERNES 2 DE ABRIL DE 1993

Miguel Angel Granados Chapa

Ni el propio Fernando Ortiz Arana sabía, al viajar a Aguascalientes el domingo 28 de marzo, que lo elegirían presidente del PRI en la asamblea que esa noche comenzó con señales de consolidación en torno de Genaro Borrego. Claro que en el presidium del acto inaugural se le expuso convenientemente, al ocupar el lugar de honor con Borrego y el anfitrión del evento, el gobernador Otto Granados Roldán. Pero a la mañana siguiente, más allá de toda discreción (porque puede ser en efecto discreto) no estaba cierto, al menos, de cuando relevaría al ahora director del IMSS. Todavía no es claro que permanezca en su nuevo cargo durante la campaña presidencial, y tampoco es claro que obtenga el triunfo en las elecciones constitucionales el candidato priista. Pero si esas dos eventualidades se cubren, Ortiz Arana olvidará su vieja aspiración de gobernar a Querétaro, pues preferirá ser miembro del gabinete. Pero eso es demasiado futurismo.

Por ahora, Ortiz Arana parece llamado a aplicar en el partido gubernamental las acciones concertadoras que en los últimos años le han dado un talante peculiar en su partido. Hasta 1988, Ortiz Arana no parecía poseer ningún don singular, si bien ya había sido dos veces diputado, y secretario general de gobierno en su natal Querétaro, amén de líder priista en el Distrito Federal. Oscilante entre esas dos entidades, no caminaba hacia la República. Fue escogido, sin embargo, como candidato a la Asamblea de Representantes del DF, un órgano que por primera vez se integraba hace cuatro años y medio.

Como todo el proceso electoral, los resultados capitalinos tomaron desprevenido al partido gubernamental. La Asamblea se integró con una gran carga opositora, menos pesada a causa del sistema electoral, que dio al PRI una precaria mayoría en asientos del nuevo órgano, aunque no la tuviera entre el electorado. Ortiz Arana, encargado por el influyente Manuel Camacho de coordinar a los asambleístas del PRI, se hizo cargo de la situación, y puso en práctica una política obligada, pero a la que otro político menos sensible se hubiera mostrado renuente. La autoridad, si bien no el poder, en la Asamblea fue distribuida convenientemente entre las varias fracciones allí representadas. Y se vio el insólito espectáculo de miembros de partidos de la oposición no sólo encabezando comisiones (y algunas, como la de Seguridad, cuyo desempeño rendía dividendos políticos) sino también dirigiendo sesiones del nuevo órgano. Limitado en sus funciones, ese foro fue convertido en sitio de expresión de inconformidades, quejas y propuestas de buena parte de la po-

blación, que halló en la asamblea y sus primeros integrantes, en el peor de los casos, un conducto para el desfogue de tensiones.

En ese lugar, y con esa conducta, se incubó el ascenso de Ortiz Arana al liderazgo de la Cámara de Diputados. Antes se interesó de nuevo en la gubernatura queretana, pero su destino era una tarea federal, la de introducir un clima de concertación en la Legislatura que reemplazó en noviembre de 1991 a la muy ajetreada Cámara de Diputados surgida en julio de 1988.

El cometido asignado a Ortiz Arana fue cumplido con general asentamiento. Los líderes de las fracciones parlamentarias no han regateado reconocimiento al modo en que Ortiz Arana coordinó las funciones legislativas, si bien miembros de su propia mayoría se duelen de la excesiva preferencia expresada por el ahora jefe nacional priista a una pequeña cohorte en que casi nadie tenía las cualidades de, por ejemplo, José Antonio González Fernández. Sólo un desliz grave puede hallarse en el desempeño personal de Ortiz Arana. Consistió en negar, abierta y contundentemente, la presencia del presidente Salinas en la célebre cena de carnaval. Rendido ante la evidencia, debió ir de nuevo a la tribuna una semana después a reconocer que estaba mal informado. Paradójicamente, ese sacrificio personal suyo, que implicó desprestigio para su carrera, habrá confirmado en el presidente Salinas su inclinación a convertirlo en sustituto de Borrego.

Como presidente del PRI, Ortiz Arana dispondrá de mayores márgenes de acción que su inmediato antecesor, a pesar de no haber alcanzado la gubernatura que fue su aspiración mayor. No sólo llega dotado con mayor experiencia, sino que es cabeza de un grupo al que la fortuna ha sido favorable en los meses recientes. Sus colaboradores más próximos en la Asamblea de Representantes ostentan responsabilidades y cercanías notorias. César Augusto Santiago es subsecretario de Gobernación, y antes fue el lugarteniente de Ortiz Arana en la cámara. Por él, el ahora líder del PRI se expuso a una contienda con Genaro Borrego, que echó de su lado al exlegislador chiapaneco, que recibió de inmediato cobijo y calor del queretano. Otro Santiago, pero ese de nombre y no de apellido, Oñate, es el procurador de la defensa ambiental, y constituye un enlace directo entre el dirigente del PRI y el muy viajero secretario de Desarrollo Social.

Cuando actuó como secretario general de gobierno en Querétaro, con el gobernador Antonio Calzada, a Ortiz Arana se le conocieron rasgos de ferocidad política que el tiempo y su sensibilidad le han hecho perder, para su bien, el de su entorno, y el de su futuro.